

le voy a dar!

Después vino desde el bañado Filemón.

—¿Qué tal doctor? Me alegro de verlo, lo anduve esperando para carnearle el chivo, me dijo.

—No Filemón, no lo voy a llevar, déjelo para más adelante.

—¡A ver, che, —dijo mandoneando a la mujer— ce bale mate al doctor. Y no se habló más del asunto...

PASE SEÑOR FANTASMA

La lluvia había convertido en fangal intransitable el camino de tierra, mil metros, que faltaban pavimentar para que Vera no fuese una ciudad prácticamente aislada en tiempo lluviosos. Los camioneros y automovilistas debían detenerse en Calchaquí hasta que el tránsito fuera posible.

Llegamos, precisamente, hasta Calchaquí y no tuvimos más remedio que detenernos; como no era conveniente interrumpir el viaje definitivamente y regresar a Santa Fe, decidimos pasar la noche allí. En el hotel nos reunimos con otros viajeros que soportaban la misma situación, y para pasar el rato —como se estila en nuestro gremio— nos pusimos a contar anécdotas y cuentos, evitando caer en conversaciones sobre política y en censuras a la admirable cabeza que había dispuesto que la construcción del pavimento se interrumpiera antes de llegar a Vera.

Fue en esa oportunidad cuando escuché este relato. En la rueda estaba un hombre regordete, de aspecto muy tranquilo, que hasta entonces no había abierto la boca para hablar, pero que de cuando en cuando, parecía dispuesto a contar algo sin encontrar la ocasión propicia. Tomaba su cafecito sin mayor entusiasmo, como si estuviera preocupado por un asunto personal, materia de su posible intervención en los relatos. Y era tan evidente en un momento

dato, que algo tenía que contar, que uno de la rueda le dijo:

—¿Y usted don José, que está tan calladito? ¡Largue el embuchado!

El hombre sonrió brevemente, y nosotros tuvimos la certidumbre de que comenzaría a contar. En efecto, con vacilación primero, pero con mucha claridad después, nos dijo:

—En realidad, no es un cuento. Es algo que me pasó a mí, mejor dicho, que me está pasando a mí porque desde entonces, y hace de esto varios años, me siento dominado no sé si por las angustia o por el miedo. Sobre todo de noche. ¡Nunca creí que algo así podría ocurrirme, a mí, nada menos, a mí que no sé gran cosa de política y que nunca me meto en nada! ¡A mí, nada menos!

Resulta que mi casa, creo que por estar orientada de frente al sur y por la combinación de sus aberturas, que crean corrientes de aire, tiene la particularidad de que varias de sus puertas, y especialmente la de la planta alta, se cierran solas. Ni mi mujer, ni yo, ni mi hija —la que me queda soltera— nos hemos habituado al ruido de puertas, además somos bastantes descuidados como para habituarnos a cerrarlas y evitar ese inconveniente. Pero todo parecía normal hasta que una noche, estando nosotros en el comedor, oímos muy levemente, cómo una puerta se cerraba, y mi hija tuvo la ocurrencia de decir:

—¡Pase, señor fantasma!

Le festejamos la gracia y desde entonces, cada vez que una puerta o ventana se abría o cerraba sola, decíamos:

—Pase, señor fantasma..., y afectábamos amabilidad.

Tantas veces lo habíamos dicho, que el señor fantasma era ya como un inofensivo habitante de la casa. Mi hija imaginaba a veces diálogos con él después de cada ruido de puerta, y la invitación a que pasara.

—¿Cómo está, señor fantasma? Lo veo pálido. ¿Se asusta de nosotros?

En ese juego entró también el novio de ella a la semana de haberme pedido consentimiento para visitarla. Sin duda él ya estaba en antecedente, y no hizo más que corroborar lo que le habría contado mi hija. ¡Framos una familia feliz, con fantasma y todo!

Eduardo, mi futuro yerno, es un muchacho con ideas... como diré, con ideas, en fin ¡con esas ideas! Claro, y es difícil tener ideas y vivir tranquilo, de modo que a nosotros también nos comenzó a preocupar todo: la suerte de él, mi trabajo, la influencia que tendría sobre mi hija; y como en esos años mucha gente tenía miedo, no sé de qué; miedo de hablar, miedo de disentir, miedo de todo, miedo al miedo, hasta nosotros nos sentimos a veces sobresaltados, temerosos, como si algo nos amenazara. Eso influyó para que en el seno de la familia el señor fantasma perdiera su carácter amable de visitante invisible. Cuando alguien, al hacer ruido una abertura, decía:

—Pase, señor fantasma...

A mí ya no me hacía gracia. Me parecía que en verdad, y sin juego, se nos había metido un fantasma, y una sutil sensación de miedo se apoderaba de mí, sobre todo, cuando la casa, o parte de ella, estaba a oscuras. ¡Es tonto, claro, parece tonto! La verdad es que me cuidaba de no

dejar abierta ninguna puerta. A veces, el fantasma parecía estar en la calle, porque allí también percibía el efecto del miedo en la gente. Cuando regresaba de noche, al cerrar la puerta de calle, un desagradable escozor me recorría la espalda y como al abrir esa puerta por lo general se oía el ruido de otra, yo encendía la luz, tranquilo por razonamiento, pero con una evidente zozobra en el corazón, especialmente si antes de mi regreso a casa, alguno me había dicho, en voz baja, algún rumor, algún comentario, de esos que no se podían publicar en los periódicos. Me sentía perseguido. Para colmo, me dijo un día mi hija, después de la consabida invitación al fantasma:

—Papá, y si digo otra vez: pase señor fantasma ¿y el fantasma aparece?

—Bueno querida, vamos a terminar con el fantasma: no hablemos más de él.

—¿Le tiene miedo? —me contestó riendo.

—Vamos, vamos, querida —me limité a contestarle.

En el fondo, verdaderamente hubiera deseado que no se hablara más de él, porque por más que me negara a conversar con la gente, y con mis clientes, sobre temas que eran peligrosos, —¿se acuerdan?— por todos lados se sentía la presencia de un fantasma, no precisamente del nuestro, del doméstico, sino otro, que dominaba el corazón de muchos hombres.

Una noche yo estaba sentado en mi escritorio, dando la espalda al living, haciendo anotaciones en los libros, habían ocurrido cosas en el país, y algunos aviadores huuyeron al Uruguay. Como digo, estaba dando la espalda al living y sin duda la puerta cancel estaba entornada, sin ce-

rrar. Se dió la coincidencia de que yo, tenía metido el fantasma en el alma, en ese momento. No sé porque; quizá por la hora, quizá porque me preocupaban mucho las ideas de Eduardo. Oí un leve ruido en la puerta de calle, y luego tres golpes dados con los nudillos. Sin darme vuelta exclamé fuerte:

—¡Pase señor fantasma!

La puerta se abrió y tuve la sensación de que alguien había entrado. Miré hacia atrás y sentí un frío de hielo en todas las vértebras ¡allí había un hombre parado! El miedo ya me había dominado, instantáneamente, y no pude coordinar mis pensamientos. Las cosas debieron ocurrir en segundos, pero yo tengo la impresión de haberme sentido paralizado durante varios minutos. Completamente paralizado, como si el fantasma hubiera tomado cuerpo, y efectivamente estuviera allí, detrás mío. Una voz inverosímil llenó el ambiente y me costó trabajo entender que se trataba de un saludo:

—Buenas noches, señor...—dijo.

Me levanté. No, no era el fantasma, el nuestro, el que habíamos creado nosotros; era simplemente un hombre, parado discretamente a la entrada del living. Me serené, respondí al saludo y pude decirle con bastante firmeza:

—¿Qué desea usted? Perdone por lo de fantasma, es un chiste de la familia.

El hombre se sonrió, y me respondió:

—No se preocupe, señor; soy de la policía (y me mostró una insignia dando vuelta la solapa del saco) es una simple gestión, nada más.

Otra vez el miedo quiso insinuarse en mi ánimo. Lo reprimí, pero estaba lejos de sentirme tranquilo.

—¿Qué desea? volví a preguntarle.

—Mire, señor —dijo, usted perdone, vengo con la misión de pedirle algunos datos personales...

—¿A mí? ¿Y por qué?

Confieso que mi voz era vacilante y sin embargo, mi vida era y es limpia como la cara de un ángel.

—No se alarme, señor, es un simple trámite. Si usted fuera tan amable de contestarme algunas preguntas, se lo agradecería.

—Bueno, yo no sé qué quiere preguntarme usted, —dije— pero por dentro pensé: «Es la intimidación, es la intimidación». Y traté de fortalecerme.

Lo hice sentar y comenzó su interrogatorio. Primero me preguntó si Eduardo Javier Pellegrini, nacido en, empleado en, de tantos años de edad, era novio de mi hija; el nombre de ella, el mío, el de mi señora, el de dos amigos míos, el de mi hijo, dónde vivía éste, si era casado, con quién, qué hacía... Yo estaba abrumado; sentía que una catástrofe se cernía sobre todos nosotros y, sin embargo, el hombre preguntaba con amabilidad, con precisión, inofensiva, lentamente, sin un leve asomo de peligrosidad, y como si por anticipado, lo supiera todo. Fue una hora terrible. Cuando se retiró, caí abrumado en la silla, me sentía profundamente desgraciado, humillado, desecho. En ese estado moral me encontraba cuando mi hija entró preguntándome:

—¿Con quién hablabas, papá?

Casi le digo:

—¡Con el fantasma!

Pero no pude, a pesar de que eso me hubiera permitido justificar la demudación de mi rostro. Todo lo supo mi familia. Pasó mucho tiempo antes de que me curara de esa angustiada sensación de sentirme espiado, perseguido. Cada vez que una puerta se cerraba sola, sentía un sobresalto; no lo podía evitar, y tácitamente, dejamos de hacer chistes con el fantasma, como si en verdad él estuviera siempre pronto a penetrar por las puertas abiertas y aún por las cerradas... Lo confieso, he vivido horas de miedo. Es un miedo que no ha pasado aún del todo. De cuando en cuando retorna. ¡Nunca hubiera creído que una cosa así me pudiera pasar a mí! ¡A mi, fíjense!

En Calchaquí esa noche hacía frío y había un poco de viento; cuando el viajante regordete término de decir: ¡A mí!, se golpeó una puerta, y todo nos dimos vuelta y exclamamos:

—¡Pase, señor fantasma!